

LA UNIVERSIDAD CATOLICA EN 1981 - 1982

Una encrucijada para los hombres en busca de sentido

Mons. Roger Etchegaray

Universidad y Universidad Católica

El título que me he propuesto para esta conferencia contiene a la vez la pregunta y la respuesta. ¿La Universidad Católica en 1981-1982? Fechar así una pregunta es simplemente actualizarla, renovarla en su permanencia, "Una encrucijada para los hombres en busca de sentido". Abrir así una respuesta es permitirle hacer su camino más allá de su formulación. Ya lo ven, mucho de modestia y mucho de ambición se entremezclan en mi propósito, que yo entrego sin más tardar a vuestra atención benevolente.

Hace algunas semanas un hebdomadario observador de los hombres y de los acontecimientos lanzaba la pregunta. ¿Para qué sirve la Universidad?, una pregunta cuya respuesta se bifurca entre los partidarios del desarrollo o de la transmisión del saber y los partidarios de la eficacia social o económica. Pero los unos y los otros, lejos de oponerse, reconocen que representan las dos caras de la noble misión que los hombres asignan a la Universidad.

¿Y la Universidad Católica? Yo querría mostrarles que su misión no es diferente sino que ella se sitúa en el más alto nivel del doble servicio de la sociedad y de la Iglesia.

¿Es necesario primero desbrozar el terreno y justificar la existencia misma de una Universidad Católica? Yo no me detendré en esto pues su existencia está en la línea de la libertad de enseñanza, de una libertad que es la raíz de todas las libertades, de una libertad que, en este grado superior de enseñanza, reclama una plenitud

de expresión. Me remito simplemente al testimonio de un universitario cristiano, leal servidor de las dos enseñanzas, Pierre-Henri Simon. En el tiempo en que él enseñaba entre vosotros, este gran "testigo del hombre", escribió un libro *La escuela y la Nación* (Cerf, 1933), que trata serenamente de verificar la Universidad Católica como un signo de buena salud "laica". Es honor de una sociedad en que el Estado está hecho para el hombre y no el hombre para el Estado, promover el pluralismo de la cultura y respetar en particular, el terreno cristiano que ha hecho surgir y nutre aún sus valores humanos más auténticos.

El hombre desintegrado: el problema del sentido

El gran interrogante que se plantea hoy a toda universidad, sea ella pública o privada, es el del "sentido"; sentido del universo, del hombre y de su historia. A cada encuentro con el mundo universitario, en Roma o en el curso de sus viajes, el Papa Juan Pablo II ha colocado esta cuestión en el centro de sus preocupaciones de hombre y de pastor. Haría falta releer, entre otros, el gran discurso, escasamente conocido, pronunciado el 15 de noviembre de 1980 en Colonia, la ciudad de San Alberto el Grande, ante muchos miles de hombres de ciencia y estudiantes (*Documentation Catholique*, 1980, pp. 1136-1140). El Papa se atrevió a decirles: "La ciencia, por sí sola, no está en condiciones de responder a la pregunta por el sentido".

En síntesis, es pues a la luz de la eterna y siempre nueva relación entre la ciencia y la fe donde debemos colocarnos. Ningún universitario —me parece— lo ha recordado con tanta agudeza y calor como Jean Ladrière, en un coloquio de Namur: "El espíritu científico no es bastante fuerte para atravesar el secreto de su propio destino. Hace falta otro poder, otra dimensión, otro orden, otra fuente. Por sí misma la ciencia no es en modo alguno signo. La mirada de la fe es la que la constituye en signo: aplicando a la ciencia la potencia interpretativa que le viene de su fuente divina, es como la fe nos permitirá descubrir lo que en realidad se hace a través de la ciencia." (*Nouvelle Revue Théologique*, febrero 1968, pp. 159-160).

Las verdaderas cuestiones de la ciencia moderna no son técnicas sino espirituales; ellas revelan una desesperada necesidad de sentido, fuera del cual toda ciencia es instrumento y no destino.

El hombre no puede pues encerrarse en el mito asegurador de una ciencia aséptica, indiferente a la búsqueda de sentido. Tanto menos cuanto que él choca habitualmente con la fragmentación, la parcelación de la enseñanza universitaria que Jean Ladrière llama "el discurso regional y dialectal del especialista". También Juan Pablo II dirigiéndose a 6000 universitarios llegados a Roma de 43 países, tanto de universidades estatales como privadas, los ha invitado "a descubrir en la integral y grandiosa unidad interior del hombre, el criterio en que deben inspirarse la actividad científica y el estudio para avanzar en armonía con la realidad profunda de la persona." (*D.C.*, 1980 p. 417). La diversidad creciente de las técnicas del saber parece descalificar de entrada todo esfuerzo emprendido para operar la reunificación del hombre a través de ellas. Parece imposible, sin destruir la ciencia, reencaminar hacia sí mismo a un hombre del que la ciencia se ha desembarazado cortésmente.

Sin embargo, la necesidad de revestir al hombre de una túnica sin costura y no de un tapado de arlequín, se vuelve apremiante, irresistible. En un mundo clausurado en que la verdad misma se dispersa en destellos, es necesaria la dimensión de una "Universidad", en el sentido fuerte de la palabra, para que esos destellos sean ensamblados, reunidos en una cierta unidad, sin pretender sin embargo una síntesis de tipo medieval que se comprobaría como provisoria, si no ilusoria. Así es cómo la ciencia se ha vuelto hoy más que nunca colectiva por el juego de la interdisciplinaridad, comunitaria por el tipo de relaciones humanas que instaura una Universidad. Dejemos a aquellos que son errantes y solitarios adormecerse con el sueño de la tierra.

Nuevos Interrogantes

Ninguna universidad puede ya separar la práctica de la ciencia de un interrogante permanente, institucional, sobre su significación. En el seno de toda universidad se despierta y se excita la conciencia del creyente, enseñante o enseñado. En efecto, no hace tanto tiempo que los cables que amarraban al hombre a la edad de piedra se han roto. Pero nosotros no nos hacemos suficientemente cargo de que nos hemos enfrentado a algo radicalmente nuevo en el nivel de lo cualitativo más aún que de lo cuantitativo. No solamente sabemos más sino que sobre todo la ciencia viene a modificar, poten-

cialmente al menos, la naturaleza misma del hombre y de la sociedad.”

“En la medida —escribía Teilhard de Chardin— en que el hombre se dé cuenta de que en virtud misma de sus descubrimientos, ciertos comandos del mundo están en tren de pasar a sus manos, él advierte que, para hacer frente a esta nueva situación, le es esencial, en su cualidad de “cuasi-demiurgo”, hacerse una convicción y una fe respecto al porvenir del valor de la obra con la que en adelante se encuentra cargado.” (*Obras*, t/5 p. 260).

En esta nueva y trágica decoración, el universitario creyente se interroga hoy sobre la legitimidad de la fe que lleva en el corazón, mientras que ayer no se interrogaba sobre la legitimidad de su adhesión a una conclusión científica. Ayer, para él, la situación de fuerza era en beneficio de la fe. Hoy, la condición de poseedor es en beneficio de la ciencia. A decir verdad, el universitario no es el único en debatirse así. Todo militante cristiano, en el compromiso de su vida profesional y política, personal o social, conoce el mismo choque interior que provocan las mutaciones socio-culturales. Día tras día busca enfrentarlo, valga lo que valiere, cueste lo que costare.

Ahora podemos comprender mejor, pienso, la función específica de una Universidad Católica. Pues para responder plenamente a la búsqueda siempre renovada de sentido es necesario más que el esfuerzo orgánico de todas las disciplinas en una Universidad de Estado; es necesario más que una Universidad a la que se le añade una Facultad de Teología, como es el caso en ciertos países vecinos; ciertamente esta presencia indica que la enseñanza teológica es considerada como una tarea universitaria, pero el papel interpe-lante y significativo no puede desempeñarse allí con toda la eficacia querida por el hecho de que las otras Facultades no sabrían tener el compromiso público ante ella. Es necesario entonces una *Universidad Católica* en el pleno sentido de las dos palabras, cuya ambición es que la luz de la fe se expanda sobre toda la superficie y penetre en toda la profundidad de las diversas disciplinas universitarias. Gracias a la función de la teología, como un corazón irradiándose por todas partes, la Universidad Católica es la única que posee una potencia de integración capaz de hacerse realidad.

Pero es claro también que no puede haber Universidad Católica sino en la medida en que hay Universidad auténtica, con todas sus exigencias.

Una respuesta: la Universidad Católica interdisciplinaria

La Universidad Católica no pretende ningún monopolio del humanismo, pero está convencida de ofrecer el humanismo más humano, el que integra todo el hombre, el hombre integral. Es necesario pues que una teología digna de este nombre, dotada de un estatus científico y reconocido en su originalidad irreductible a la ciencia y aun a la filosofía, encuentre en el cuadro universitario su sitio institucional con una capacidad y una voluntad permanente de diálogo. Por ser el hombre un ser de sentido y por estar la teología situada en la fuente misma del sentido, la confrontación obstinada de la teología con las otras ciencias, no puede sino provocar una fecundación mutua que los impulse a distinguirse y a respetarse siempre más. La teología no puede pensar, ciertamente, en desempeñar el papel falaz de una integral de los saberes. Por otra parte, la teología ya no pretende ser la reina de las ciencias, como en el medioevo: todas las ciencias son reinas en su propio dominio. Pero, por el contrario, hay como un rey de todos los saberes, y es el hombre mismo. Y la teología se mantiene constantemente del lado de este hombre integrador, llevándole a lo más claro de su conciencia la presencia de un misterio en que el cumplimiento o la realización integral del hombre se revela posible.

Sé que nuestra Universidad Católica es la más diversificada de las cinco Universidades Católicas de Francia, con sus 29 establecimientos de enseñanza superior, en una superposición de planos de formación inicial y de formación continua y en un entrecruzamiento de Facultades y de Escuelas. La sigla misma que vosotros lleváis, ilustra vuestro gran proyecto: "Federación Universitaria y Politécnica", y nuestra Revista "*Ensemble*" indica bien en qué espíritu trabajáis. Ciertamente, las relaciones interdisciplinarias se han desarrollado por todas partes estos últimos años. Pero en una Universidad Católica la investigación interdisciplinaria toma una significación especial que se añade a las interpelaciones de la ciencia: se hace en razón de una exigencia profunda que viene de la fe misma. Es un acierto que hayáis institucionalizado esta exigencia por la creación, en 1974, del "CIREC", Centro Interdisciplinario de Reflexión Cristiana. He tenido entre las manos varias obras, fruto de sus trabajos. Tales investigaciones, onerosas en hombres y en tiempo, ingratas también, pues cada uno debe renunciar a una

parte de su tecnicidad, tales investigaciones digo, hacen honor a la Iglesia y a la sociedad. No se contentan con establecer entre las diversas disciplinas, relaciones de simple articulación, de cambio de experiencia, de provisión de útiles. Van aún más lejos que el asegurar una fertilización de una ciencia por otra. Cada ciencia es invitada a salir de sí misma para verse en las otras y descubrir allí un reflejo de sus propias investigaciones. Cada ciencia es invitada a salir de sí misma para verse en la mirada reflexiva de la mediación filosófica, para verse a la luz interpretativa de la fe. A cada nivel de esta toma de conciencia, toda disciplina científica retoma más claramente el sentido de unidad que la habita. Y, en esta perspectiva de éxodo, las fronteras se esfuman rápidamente entre ciencias profanas y ciencias sagradas, entre ciencias naturales y ciencias humanas, tan verdad es que no hay ciencias sino del hombre y para el hombre.

Pero es cierto que una Universidad Católica no puede pagarse el lujo de una investigación interdisciplinaria en todos los órdenes. Por su misión propia deberá preocuparse, en prioridad, de las cuestiones que tomen directamente en juego la región del sentido. El coeficiente de importancia de una cuestión está determinado por su grado de incidencia sobre el porvenir del hombre. Más precisamente, las cuestiones que es necesario juzgar importantes van a situarse allí donde los desafíos éticos están presentes. Monseñor Massaux, rector de Louvain — la — Neuve, ha delimitado bien esta encrucijada: para el hombre en busca de sentido: "La exigencia ética —dice— es la manifestación de un llamado que viene de lo más profundo del alma humana, que es como el rastro en ella de su vocación. Y es esta vocación la que confiere al hombre su eminente dignidad, que exige que sea siempre tratado como un fin, jamás como un medio. Y es en nombre de este llamado que ella vuelve manifiesto que la fe cristiana puede aportar a la conciencia ética una inspiración capaz de abrirla en toda la amplitud de los requerimientos que se esbozan en ella." (*La Universidad Católica*, Ed. Peeters, 1980, p. 29). Este esfuerzo es tanto más necesario hoy cuanto que el dominio ético se ha privatizado, se ha vuelto un terreno privado marcado por la yuxtaposición de las sinceridades y la ausencia de normas objetivas. Es porque el hombre se sofoca rápidamente en su encierro, entregado a falsas libertades, por lo que nos urge ahora indicarle su ruta, el sentido generador de la verdadera libertad que lo hace crecer.

La vocación de la Universidad Católica es una vocación de servicio. La Universidad Católica entiende organizar explícitamente el trabajo universitario en vistas al más alto servicio de la Iglesia y del mundo. En su unidad orgánica, ella es una encrucijada orgánica en que la ciencia y la fe se prestan mutuamente sus luces. Hace dos años, el Consejo Ecuménico de Iglesia organizó, en Estados Unidos, en el célebre M. I. T. ("Massachussets Institute of Technology"), una conferencia sobre "La fe, la ciencia y el porvenir". Este encuentro mundial de quinientos delegados — mitad hombres sabios, sociólogos y economistas, mitad hombres políticos, pastores y teólogos — mostró que ciencia y fe están como condenadas a aliarse para salvar al planeta y sus habitantes. Un biólogo australiano se lamentaba en esta conferencia: "se nos puso en guardia, como a Noé, primer poeta de la ruina ecológica. Se nos advirtió que un diluvio de problemas amenazaba la supervivencia de nuestra sociedad industrial. Pero, esta vez, no se puede construir un arca de madera calafateada. Nuestra arca debería ser construida sobre una nueva toma de conciencia del sentido de la vida, de la vida de todas las criaturas, pequeñas y grandes". A desafíos nuevos, responsabilidades nuevas: el carácter espiritualmente comprometido de la Universidad Católica la inviste hoy de una visión original para la cual ninguna otra instancia puede sustituirla.

El servicio que la Universidad Católica puede dar a la sociedad es lo que el Padre Boné S. J., profesor en Lovaina, llama "un papel irreemplazable propiamente redentor". ("Universidad Católica y preocupación bioética", *Nouvelle Revue Théologique*, 1981, pp. 314-315). La universidad Católica, en efecto, garantiza, en nombre mismo de la fe, a la ciencia y a la tecnología contra el doble escollo de la suficiencia y del desencanto que amenaza a esta ciencia y a esta tecnología.

La fe protege a la ciencia contra la tentación de las moratorias, de la pausa o de la detención de las investigaciones que predicen aquéllos que están espantados de ver la tecnología descarriada y vagabunda, apartada de su finalidad humana o monopolizada como instrumento de poder. Ciertamente, no se trata, para la fe, de colarse en las fallas provisionarias de la ciencia; pero cuando ésta no llama a la fe para colmar la plenitud que le falta radicalmente, muy grande es para la ciencia el riesgo de dejarse avasallar, en el espacio que quedó vacío, por las ideologías totalitarias, que sacan su fuerza de seducción de la necesidad urgente de responder a la

cuestión del sentido que atormenta a todo hombre. Así, la fe da a la ciencia sus verdaderos cimientos para su doble finalidad universitaria y católica: la Universidad Católica contribuye a salvar la ciencia de su desmenuzamiento, de sus temores, y a abrirla a la esperanza, a la promesa de sentido.

Al servicio de la Iglesia y del mundo

Bien lo sabéis, cuando Juan Pablo II habla de las Universidades Católicas, habla por experiencia personal. Pero quizás no sabéis que el profesor de la Universidad de Lublin, que seguía siendo el Cardenal Wojtyla, debió dar su juicio escrito, una vez elegido Papa, sobre una tesis que él se había traído en sus valijas de conclavista como miembro del tribunal. Dirigiéndose a los profesores y estudiantes de Universidades Católicas de México (en 1979) el Papa Juan Pablo II les asignaba tres objetivos que recapitulaban bien todo el gran designio, que es el vuestro.

Primer objetivo: *Aportar una contribución específica a la Iglesia y a la sociedad, gracias a un estudio verdaderamente completo de los diferentes problemas con la preocupación de desentrañar la plena significación del hombre regenerado en Cristo, y de permitirle así su desarrollo integral.*

Segundo objetivo: *Formar pedagógicamente a hombres que, habiendo realizado una síntesis personal entre fe y cultura, sean capaces de ocupar su sitio en la sociedad y de testimoniar allí su fe.*

Tercer objetivo: *Instituir entre profesores y estudiantes una verdadera comunidad que atestigüe ya visiblemente un cristianismo viviente.*

(Objetivos recordados a los Rectores de las Universidades Católicas de Europa, 24 de febrero de 1980).

Estos tres objetivos no pueden ser disociados, son ciertamente difíciles de alcanzar plenamente pero están siempre no sólo delante de nuestros ojos como un ideal lejano sino también ya en vuestras manos como realizaciones palpitantes de vida. Frente a estos objetivos, pienso que vuestra Universidad Católica tiene logros excepcionales.

En relación a otros centros universitarios os encontraréis todavía

con la talla humana, con los sentimientos vivaces de pertenencia común a una grande pero única familia. Vuestro enraizamiento en lo terreno, hace que mantengáis con la vida profesional, económica y social de la región, un diálogo particularmente nutrido para estar en condiciones de innovar y adaptaros sin cesar a las necesidades cambiantes de la sociedad. Vuestro entorno religioso hace que aquí, más que en otras partes, sin duda, pueda afirmarse el carácter propio de una institución cristiana, que sin complejos anuncia su color, mejor aún, revela su espíritu a través de su vida misma de comunidad fraterna y eucarística. Vuestra apertura internacional hace que después de haber sido los pioneros de la solidaridad -pienso entre otras cosas, en la hermandad de Lille y Yabundé- os mantenéis siempre en estado de alerta para responder a los reclamos lacerantes del Tercer Mundo.

Vuestra Universidad Católica no ha nacido por azar, sino de una elección histórica, consciente y deliberada, de una elección audaz tomada ante todo por laicos y no por clérigos. Tal elección debe ser siempre retomada. Lo que es del orden de la decisión no puede decaer en el orden del destino. Os llama a todos sin excepción a tener un alma de fundadores, a refundar la Universidad Católica para 1981-82. Vuestra Universidad Católica no es una naturaleza muerta, se hace día a día, paso a paso, a medida que se manifiestan los nuevos llamados, nuevas urgencias para los hombres de hoy en busca de sentido. Pero es importante también que os sintáis vosotros mismos sostenidos, reconocidos por la Iglesia y confirmados en vuestro compromiso universitario de profesores, de investigadores, de estudiantes, de personal administrativo. Sé que para muchos entre nosotros, la pertenencia a la Universidad Católica significa una elección de vida espiritual y ética.

Es por todo esto por lo que yo quise, como presidente de la Conferencia Episcopal, hacer emerger vuestras cuestiones en la última asamblea de Lourdes, en presencia del Sr. Falise, quien fue en nombre de todas nuestras universidades, el relator de los grupos de reflexión episcopal.

Es importante, en fin, que os sintáis reconocidos por el Estado, por los servicios que dais a la comunidad nacional, científica o simplemente humana. Sólidamente plantada sobre la tierra de los hombres, perfectamente armonizada con la región, vuestra Universidad Católica respira a pleno pulmón. El servicio de todos los hombres, de todo el hombre. ¿Cómo no habría de ocuparse el

Estado en reconocer cada vez más tal servicio totalmente orientado hacia el porvenir del país, en el cual los jóvenes competentes y entusiastas deberán aportar el "suplemento de alma" que nos es necesario para sobrevivir?

¿Un "Suplemento de alma"? Henri Bergson ha ido todavía más lejos en la últimas líneas de su libro *Las dos fuentes de la Moral y de la Religión*. Escribe: "La humanidad debe preguntarse si ella quiere vivir solamente o suministrar además el esfuerzo necesario para que se cumpla hasta en nuestro planeta refractario la función esencial del universo, que es una máquina de hacer dioses". Bergson murió con esta pregunta en los labios pero en su corazón pronunciaba secretamente el nombre de Cristo. Una sociedad que fabrica objetos y no se preocupa por modelar al hombre integral, es una sociedad más en peligro que todas sus obras de arte.

"He aquí al hombre"

Para terminar quisiera entregaros uno de mis recuerdos más conmovedores: el de Juan Pablo II en la Unesco, en esta Universidad universal, en esa gigante encrucijada en que se encuentran los tres grandes movimientos de la humanidad inscriptos en su sigla: "Educación, Ciencia y Cultura". Un dichoso azar ha querido que me encontrase justo detrás del Papa en la tribuna, frente a un auditorio extraordinario en el que los maestros más eminentes se habían hecho los discípulos más atentos. He seguido todo el discurso, me atrevería a decir, mirando el rostro tan expresivo de uno de ellos, Pierre Emmanuel. Oigo aún a Juan Pablo II martillar, en un silencio casi religioso, fórmulas que nos parecerían muy simples pero que chocaban por su simplicidad mismas, por su carácter elemental en el sentido mineral de la palabra. Si su palabra "pasaba la rampa", mejor aún que la de un orador o la de un actor, es simplemente porque alcanzaba al hombre en cada uno de nosotros, "el hombre único, completo e indivisible", según su expresión. A cada uno, a través de la lujuriente vanidad de las razas y de las culturas, el Papa volvía a dar confianza en el hombre que, a veces, desgraciadamente se había apartado de la humanidad. Y, para Juan Pablo II, lo que hace la verdadera grandeza del hombre es la razón ética, más bien que la razón fabricante o especulativa, es lo que vuelve al hombre responsable y solidario de sus propios actos. Me

gusta la ocurrencia según la cual "Dios ha creado al hombre lo menos posible". De hecho, se podría decir que nos ha creado a su esbozo más bien que a su imagen, haciéndonos el honor y dejándonos el cuidado de perfeccionar su obra. Y el espacio intermedio que se extiende entre esta creación inacabada y su perfección divina, es el campo ilimitado, abierto a la libertad, el don más grande que Dios nos haya hecho. Y la Iglesia misma ve allí el signo más alto de esta dignidad: ser por su naturaleza el primer responsable de su destino eterno. "Aquel que te hizo sin ti no te salvará sin ti".

Que mi última palabra sea para retomar el grito punzante de Juan Pablo II en la Unesco: "He aquí al hombre", un grito que nos ha despertado a nosotros mismos, y que debe ser como el grito de encarrilamiento de todos aquellos que en esta Universidad Católica están en busca de sentido.

"He aquí al hombre", es el grito de la creación, del Génesis, y es retomado como eco por todo hombre que descubre la dimensión que lo funda en su humanidad.

"He aquí al hombre", es el grito de la Redención lanzado en una sala del Pretorio en Jerusalén y retomado sobre un tono que ya no es el de la burla, por todo hombre que se reconoce en el Hombre, siempre despojado pero en adelante iluminado por la Gloria de la Pascua.

NOTA: Este texto reproduce la conferencia dada bajo este título el 20 de noviembre de 1981, por el Cardenal Etchegaray, arzobispo de Marsella, ex-presidente de la Conferencia Episcopal Francesa.